

A veinte años de la muerte de Joaquín Edwards Bello

1877-1968

Rezongón, escéptico, irónico

Varias veces, en crónicas esparcidas por aquí y por allá, Joaquín Edwards Bello arremetió con la hipótesis de que los suicidios tienden a ocurrir en enero o febrero, "en los días bonitos y no en los llamados días grises. El espíritu se descompone principalmente bajo el sol, en primavera o en verano". Probó su creencia hace justo 20 años, la luminosa mañana del 19 de febrero de 1968, disparándose en la boca con el revólver Colt calibre 38 que su padre le había regalado en París "para que se protegiera", y que siempre guardaba bajo la almohada. Para entonces, la hemiplejía ya lo había ganado totalmente y desde el primer ataque en 1960 no se resignaba a moverse apenas. Mucho antes había confesado temerle a la parálisis, "el paso de parada para el Cementerio General".



Premio Nacional de Literatura (1943) y de Periodismo (1959), Edwards Bello profundizó en su clásico estilo entre escéptico y humorístico en sus últimos años, al decir que "Creo en la Virgen, pero no en Dios. Si existiese, cómo podría ser tan cruel. Debe tener una enorme joroba. Dicen que al que da y quita le sale una corcovita... Me dio juventud, alegría, goce de vivir, amor, dinero, talento. Hoy apenas puedo mover mi mano derecha".

Hace algunos meses, en 1967, habría cumplido 100 años. Alcanzó a llegar a los 81. Nació en Valparaíso el 10 de mayo de 1887 y fue bautizado con los nombres de Víctor Lorenzo Joaquín. "Vine al mundo el año del cólera, de la salida del tranque de Mena, de la voladura del puente de Cal y Canto. Dario acababa de lanzar desde los cerros de Valparaíso un grito azul a toda el habla hispana", escribió en esa especie de memoria de infancia que es Valparaíso, ciudad del viento, rehecha después bajo el nombre de *En el viejo alameda*.

Fue al colegio en el puerto, donde merodeaba el ambiente inglés, la sociedad mercantil, el valor de la palabra empeñada y la rigidez de las costumbres. Un Valparaíso genuino, "que tuvo tréculas de capital. No admiraba ni imitaba a Santiago, como hacían en Talca". Su pasión por el puerto se volvió nostalgia con los años, sobre todo cuando fue a vivir a Santiago, a la calle Santo Domingo. Alguna vez dijo que su cargo ideal sería de cónsul de

Chile en Valparaíso. Protestó, en cambio, contra Santiago, a la que rebautizó como Feópolis, donde "no es raro ver cada mañana un mundo de Corte de los Milagros: vendados, zuncos, tuertos, enanos, hombres nana (...), ebrios y tiritones con caras sufridas de reses cansadas, en harapos, entre lamparones de vómitos vinosos y sandillosos".

En el colegio Mac Kay de Valparaíso sufrió una fuerte disciplina, pero por sobre todo ese afán enciclopedista de la educación chilena: "Del estudio de las digestiones del erizo, del hermafroditismo de la ostra y la crestomanía de Lope de Vega, pasamos a los hemisferios de Magdeburgo, la trigonometría, el solfeo, la divinidad de Cristo y el salto de caballete". Cuando pequeño estudió poco, pero con los años descubrió el goce de leer y mirar, el placer de escribir, que lo llevó en el Liceo de Valparaíso a fundar tempranamente las revistas *La Juventud* y después *El Pololo*, humor irreverente que sacudió a las patricias familias porteñas hasta conseguir su purgación. Allí coquetó con la poesía, aunque su tono festivo no agradó: "El poeta en su ansia loca/ primero la besó en la frente/ después la besó en la boca/ y así sucesivamente".

Cuando en 1910 apareció *El inútil*, su primer libro, se vaticinó lo que sería el futuro Edwards Bello: crítico, desmistificador, tábano impertinente

que siempre levantaría polémicas con sus escritos. Con los años su estilete se multiplicaría en anchura y profundidad. A poco de aparecida esa primera novela, la familia se tardó en bautizarlo como "el inútil de Joaquín".

Vivió aquí y allá, en América y Europa, entre Santiago y Valparaíso, en Madrid, Barcelona y París. La guerra del 14 lo sorprendió en Europa y desde allí comenzó a enviar sus primeras crónicas y artículos para diarios chilenos. Al volver al país, en 1919, ya tenía su plaza ganada en *La Nación*, donde colaboraría durante diez años. Simultáneamente aparecieron sus novelas y libros de relatos: *El roto* (1920), *Metamorfosis* (1922), *La muerte del Vanderbilt* (1922), *El chileno en Madrid* (1928), *Criollos en París* (1933) y *La chica del Crillón* (1933). En sus narraciones militó en un natu-

Rezongón, escéptico, irónico [artículo] Juan Andrés Piña.

Libros y documentos

AUTORÍA

Piña, Juan Andrés, 1953-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Rezongón, escéptico, irónico [artículo] Juan Andrés Piña. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile